

BOSQUEJO TEOSÓFICO

An Outline of Theosophy – A Simple Elucidation of Theosophical Principles

Theosophical Publishing Society, London, 1902

C.W. LEADBEATER

CONTENIDO

CAPÍTULO PRIMERO

PRELIMINAR

LO QUE ES LA TEOSOFÍA

CÓMO LO SABEMOS

MÉTODO DE OBSERVACIÓN

CAPÍTULO II

PRINCIPIOS GENERALES

LAS TRES GRANDES VERDADES

COROLARIOS

VENTAJAS QUE ALLEGA ESTE CONOCIMIENTO

CAPÍTULO III

LA DIVINIDAD

EL PLAN DMNO

LECCIÓN DE LA VIDA

CAPÍTULO IV

LA CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE

EL HOMBRE VERDADERO

CAPÍTULO V

LA REENCARNACIÓN

CAPÍTULO VI

NUEVO CONCEPTO DE LA NATURALEZA HUMANA

CAPÍTULO VII

LA MUERTE

CAPÍTULO VIII

PASADO Y PORVENIR DEL HOMBRE

CAPÍTULO IX

CAUSA Y EFECTO

CAPÍTULO X

BENEFICIOS DE LA TEOSOFÍA

CAPÍTULO PRIMERO

PRELIMINAR

LO QUE ES LA TEOSOFÍA

Durante siglos enteros han discutido y argumentado los hombres, menudeando sus pesquisas sobre ciertas verdades fundamentales, como la existencia y naturaleza de Dios, sus relaciones con el hombre, y el pasado y porvenir de la humanidad. Se han formado los hombres, acerca de estos puntos, opiniones tan radicalmente opuestas, que unos a otros se atacan y ridiculizan con tal mordacidad y aspereza, que en el espíritu de las masas acabó por aferrarse una opinión sumamente cómoda, conviene a saber: que tocante a dichas cuestiones no es posible la certidumbre y que todo se contrae a teorías vagas y especulaciones nebulosas de cuyo seno surge de cuando en cuando alguna falsa deducción inferida de premisas mal sentadas. Contra esta opinión de las multitudes no han podido prevalecer las afirmaciones claras y precisas, aunque a menudo también increíbles, de las diversas religiones positivas.

¿Será necesario decir que esta opinión popular, muy explicable por otra parte, es absolutamente errónea? Hechos hay ciertos y precisos. Los hay en gran número. La Teosofía, al contrario de las religiones, nos los presenta como materia de estudio y no como artículos de fe. La Teosofía no es en sí misma una religión, pues respecto de las religiones es lo que fueron las antiguas filosofías. No las contradice; las explica. Repudia por necesariamente indigno de la Divinidad, por incompatible con la Divinidad, todo cuanto en las religiones es irracional o absurdo, pero acepta lo que todas o cualquiera de ellas tengan de razonable, explicándolo, comentándolo y combinando en armónico conjunto las verdades particulares que en sí contienen.

Afirma la Teosofía que es posible conocer la verdad acerca de estos puntos de capital importancia, y que existe ya sobre ellos un vasto conjunto de conocimientos. Considera todas las religiones, por diferentes que parezcan, como la expresión de idénticas verdades, aunque miradas desde distintos puntos de vista y bajo diversos aspectos; pues no obstante las discrepancias echadas de ver en sus nomenclaturas y artículos de fe, todas ellas están acordes en los puntos de capital importancia: la conducta que en su vida ha de observar un hombre honrado, las cualidades que ha de fomentar y los. Vicios de que debe huir.

Acerca de estos puntos de orden práctico, son idénticas las doctrinas del Brahmanismo, Budismo, Mazdeísmo, Mahometanismo, Judaísmo y Cristianismo.

Quien no conozca: la Teosofía podrá imaginársela como una ingeniosa hipótesis cosmogónica; mas para aquellos que la han estudiado, no es pura teoría, sino la expresión de hechos positivos. Es una ciencia exacta que se puede profundizar como cualquier otra, y lo que nos enseña puede comprobarlo experimentalmente quienquiera que se tome el trabajo de someterse a las necesarias condiciones. La Teosofía es la afirmación de los grandes fenómenos naturales; la explicación de cuanto conoce la ciencia; y, en fin, la descripción esquemática del rincón del Universo en que habitamos.

CÓMO LO SABEMOS

¿Cómo se ha llegado a conocer este esquema? ¿Quién lo ha descubierto?, preguntará el lector. No diremos que se haya descubierto, porque en realidad lo ha conocido siempre el género humano, aunque su conocimiento desapareciera momentáneamente en algunas partes del mundo. Constantemente hubo un grupo de hombres sumamente evolucionados (no de una sola nación, sino de todas las civilizadas) con pleno conocimiento de este esquema, y constantemente estos hombres tuvieron discípulos que bajo su dirección estudiaron a fondo esta verdad, al paso que divulgaban externamente los principios generales. Esta asamblea de hombres sumamente evolucionados existe todavía, como en otro tiempo, y a instigación suya dan algunos de sus discípulos al mundo occidental las enseñanzas teosóficas.

Los que no saben nada de esto han argüido a veces insistentemente, que de ser así se hubieran ya publicado hace tiempo dichas verdades, y han vituperado injustamente a los poseedores de semejantes conocimientos por haber puesto con su culpable silencio la luz debajo del cedemín. Sin embargo, estos recriminadores olvidan que quienquiera que en realidad *indagó* estas verdades pudo hallarlas, y que el mundo occidental no ha hecho más que comenzar las indagaciones. Durante siglos y siglos la inmensa mayoría de los europeos se satisficieron con vivir en la más grosera superstición, y cuando el impulso progresivo les mostró lo absurdo de sus gazmoñas creencias, cayeron en el ateísmo, tan absurdo y ciego como las patrañas a que reemplazaba.

Así es que hasta hoy día no empezaron algunos hombres, de entre los más razonables y modestos, a darse cuenta de que nada sabían y a preguntarse si sería posible aprender algo con certeza.

Aunque estos razonables indagadores sean todavía muy pocos, se ha fundado la Sociedad Teosófica con el fin de congregarlos y publicar libros en que quien lo deseé pueda leer, observar, aprender y asimilarse aquellas grandes verdades. El objeto de la Sociedad Teosófica no es, en modo alguno, el de inculcar por fuerza sus doctrinas, en los entendimientos rebeldes, sino sencillamente exponerlas de modo que pueda comprenderlas cualquiera que de ello sienta necesidad. No padecemos la ilusión del misionero que con triste arrogancia se atreve a condenar al tormento eterno a todo hombre que no confiese su mezquino símbolo peculiar. Sabemos perfectamente que en último término todo irá bien para los mismos que ahora no pueden aceptar esta verdad, así como para quienes ávidamente la reciben. Pero en lo que a nosotros y a miles de nuestros semejantes atañe, el conocimiento de esta verdad nos ha hecho la vida más llevadera y la muerte más fácil de afrontar. Tan sólo el deseo de que nuestros hermanos participen de tales ventajas nos mueve a tratar de estos asuntos.

Desde hace miles de años, y aun en la actualidad, se conocen en el mundo las principales verdades de la gran doctrina. Únicamente los occidentales nos hemos enterado con presuntuosa suficiencia en ignorarlas, sonriendo despectivamente cada vez que a nuestra mente se ofrecía una de ellas. En la ciencia del alma, como en todas las demás, sólo son asequibles los detalles completos a los indagadores que dedican su vida a esta rama especial. Los hombres que en este mundo poseen pleno conocimiento (los llamados Adeptos) han desenvuelto pacientemente en ellos mismos las facultades necesarias para la infalible observación. Por lo tanto, desde este punto de vista, el método de investigación oculta difiere de los procedimientos empleados en la ciencia moderna. Esta pone todo su empeño en perfeccionar los aparatos de observación, mientras que el método oculto atiende más bien al desenvolvimiento del mismo observador.

MÉTODO DE OBSERVACIÓN

Para pormenorizar este desenvolvimiento necesitaríamos mayor espacio del que nos consiente un Manual. En otras obras teosóficas encontrará el lector el esquema completo de dicho desenvolvimiento. Baste decir por ahora que todo es cuestión de vibraciones. Ningún conocimiento del mundo exterior adquirimos como no sea por vibraciones de una u otra especie que hieren nuestra vista, oído y tacto. Así pues, si un hombre logra hacerse receptivo a vibraciones suplementarias, adquirirá un suplemento de percepciones exteriores, llegando a ser, por ejemplo, lo que suele llamarse un "clarividente". Esta palabra, en su acepción vulgar, sólo significa una corta amplitud de la vista ordinaria; pero el hombre puede hacerse cada vez más receptivo a vibraciones también cada vez más sutiles, hasta que apoyando la conciencia sobre alguna facultad nuevamente desarrollada, acabe por seguir nuevos y más elevados senderos. Entonces ve desplegarse ante él los que imagina mundos de materia más sutil y que en realidad no son sino nuevas regiones de este mismo mundo del que ya conocen algunas comarcas. Así aprende que durante toda su vida le rodea un vasto e impercibido mundo, que en él influye constantemente de mil modos, aun cuando permanezca en ceguera inconsciente de su existencia. Pero cuando desarrolla las facultades con cuyo auxilio puede ponerse en contacto con estos nuevos mundos, le es posible observarlos científicamente, reiterar a menudo las observaciones, compararlas con las de otros, ordenarlas y colegir las deducciones intensamente instructivas que de ellas se derivan.

Todo esto se ha hecho no una, sino miles de veces. Los Adeptos, a quienes ya me he referido, consagraron todos sus esfuerzos a esta obra, y al mismo fin los han dirigido los indagadores de la Sociedad Teosófica. Gracias a nuestras investigaciones, no sólo hemos comprobado gran número de datos que en su principio nos dieron los Maestros, sino que también hemos podido explicar y ampliar mucho de ellos.

La contemplación de esta parte habitualmente invisible de nuestro mundo, nos proporciona por de pronto el conocimiento de un vasto conjunto de hechos enteramente nuevos y en extremo interesantes. Nos da gradualmente la solución de los más difíciles problemas de la vida, revela muchos misterios y nos hace comprender por qué nos parecían tales hasta entonces; esto es, porque no veíamos sino una pequeña parte de los hechos, porque en vez de elevarnos sobre ellos hasta un punto de vista desde el cual se comprenden como partes de un armonioso conjunto, mirábamos las distintas cuestiones desde abajo y nos parecían fragmentos incoherentes y en cierto modo disociados.

La Teosofía solventa de pronto gran número de las más debatidas cuestiones, como, por ejemplo, la de la continuidad de la existencia humana después de la muerte. Nos da la verdadera explicación de cuanto imposible de por sí afirman las diferentes Iglesias respecto del cielo, el infierno y el purgatorio. En fin, la Teosofía disipa nuestra ignorancia y desvanece nuestro temor a lo desconocido, dándonos del universo entero la noción racional y clara que trataré de exponer.

CAPÍTULO II

PRINCIPIOS GENERALES

Ardiente deseo tengo de exponer de la Teosofía una idea tan clara y fácilmente comprensible como me sea dable.

Por lo tanto, no enunciaré más que los principios generales en cada punto particular. Si el lector apetece informaciones complementarias, puede consultar obras más importantes y las monografías que tratan de cada materia especial. Al fin de cada capítulo citaré las obras de consulta más a propósito para quienes deseen profundizar tan atractivo sistema. Empezaré, pues, por el simple enunciado de lo más notable de los principios generales que el estudio de la Teosofía permite establecer. Algunos lectores encontrarán afirmaciones que acaso les parezca increíbles o absolutamente opuestas a sus ideas preconcebidas. Recuerden, sin embargo, que nada expongo como simple teoría ni como especulación metafísica u opinión religiosa de mí peculiares, sino como un conjunto de hechos científicos analizados y comprobados :muchas veces por mí mismo y por otros.

Declaro, además, que este conjunto de hechos puede comprobarlos quienquiera que emplee el tiempo y el trabajo necesarios para ello. No ofrezco al lector un *Credo* que haya que tragarse como una píldora. Trato de exponerle un sistema para que lo estudie, y, sobre todo, una vida para vivirla. No le exijo fe ciega. Únicamente le ruego que considere la Teosofía como una de tantas hipótesis, aunque para mí sea la más viva realidad.

Si al lector le satisface esta llamada hipótesis más que las otras; si le parece que resuelve mayor número de problemas de la vida; que responde a mayor número de preguntas, entonces profundizará más todavía su estudio y encontrará, según creo y espero, la satisfacción siempre creciente y el íntimo gozo que yo mismo encontré. Si, por el contrario, juzga preferible cualquier otro sistema, ningún mal le resultará de ello, pues habrá aprendido algo de las creencias de un grupo de hombres con los cuales no se ha puesto de acuerdo por de pronto; pero en cuanto a mí toca, tengo suficiente fe en estas creencias para asegurar que tarde o temprano llegará la hora en que el lector las admita cuando sepa lo que nosotros sabemos.

LAS TRES GRANDES VERDADES

Una de nuestras primeras obras teosóficas establece tres verdades absolutas que jamás pueden desaparecer completamente, aunque en ciertas épocas padezcan pasajeros eclipses, porque no haya quien las proclame. Estas verdades fundamentales son tan vastas y sublimes como la vida misma, y, sin embargo, tan sencillas como la mente del hombre más ingenuo. No puedo menos de diputarlas por los más importantes principios generales entre los que he de exponer.

Luego después formularé algunos corolarios de estas verdades fundamentales, y en tercer lugar enumeraré algunas de las ventajas que necesariamente resultan de estos conocimientos primordiales. En fin, después de haber bosquejado esquemáticamente las líneas generales del asunto, las examinaremos una por una y procuraré dar cuantas explicaciones complementarias quepan en esta obra para aprovechamiento de los principiantes.

1^a Hay Dios. Es bueno. Es el gran vivificador que mora en nosotros y fuera de nosotros. Es inmortal y eternamente bienhechor. No se le puede oír ni ver ni tocar, y, sin embargo, lo percibe quien percibirlo desea.

2^a El hombre es inmortal. La gloria y el esplendor de su porvenir no tienen límites.

3^a El mundo está regido por una divina ley de absoluta justicia, de modo que cada hombre es en realidad su propio juez, el árbitro de su propia vida, que a sí mismo se procura gloria o ignominia, premio o castigo.

COROLARIOS

De cada una de las precedentes verdades primordiales se deducen varias subalternas que las explican y corroboran.

De la primera se deducen las siguientes:

1^a A pesar de las apariencias, todo está combinado con inteligencia y precisión para producir el bien. Todos los sucesos, por deplorables que parezcan, acaecen en realidad tal y conforme deben acaecer. Todo cuanto nos rodea propende a auxiliarnos y no a embarazarnos; pero es necesario comprenderlo.

2^a Puesto que el plan del universo converge a favorecer el progreso humano, deber notorio del hombre es aprender a comprenderlo.

3^a El hombre que ha llegado a comprender este plan tiene también el deber de cooperar inteligentemente a su realización.

De la segunda verdad fundamental se derivan las siguientes:

1^a El hombre real es un alma con cuerpo accesorio.

2^a El hombre debe tomar el alma por punto de vista para mirar todas las cosas, y cada vez que en su interior surja un conflicto, identifíquese con la parte más elevada de su ser y no con la inferior.

3^a Lo que comúnmente llamamos vida humana no es sino un día de la verdadera y eterna vida.

4^a La muerte tiene mucha menos importancia de la que generalmente se le da. No es en modo alguno el fin de la vida, sino el paso de un estado a otro de la misma.

5^a El hombre tiene tras sí en su pasado una inmensa evolución cuyo estudio es en extremo interesante e instructivo.

6^a Igualmente tiene ante sí, en su porvenir, una admirable evolución cuyo estudio es todavía más interesante e instructivo.

7^a Es absolutamente cierto que el alma humana acabará por alcanzar la meta que le está señalada, por mucho que parezca haberse desviado de la línea de evolución.

De la tercera verdad fundamental se deducen las siguientes:

1^a Cada pensamiento, cada palabra y cada obra produce un resultado definido que no es un premio o castigo exterior, sino consecuencia indeclinable del pensamiento, de la palabra o de la obra con los que se relaciona, como el efecto con la causa, a manera de dos partes inseparables de un todo.

2^a Por deber y por interés propio ha de estudiar el hombre a fondo la ley divina, a fin de resignarse a ella y aprovecharla como aprovecha las demás leyes de la naturaleza.

3^a Es necesario que el hombre tenga absoluto dominio de sí mismo, a fin de regular juiciosamente su vida de conformidad con la ley divina.

VENTAJAS QUE ALLEGA ESTE CONOCIMIENTO

Cuando nos asimilamos plenamente este conocimiento, cambia tan por completo el aspecto de la vida, que fuera imposible enumerar todas las ventajas que de ello dimanan. Sólo mencionaré unas cuantas de las principales direcciones en que se manifiesta el cambio, y por poco que el lector reflexione, advertirá, sin duda, algunas de las innumerables ramificaciones que parten de estas ramas troncales.

Entiéndase bien, sin embargo, que no producirá estas mudanzas un conocimiento vago e indeterminado, pues cualquier creencia análoga a la que generalmente profesan los hombres por razón de los dogmas de sus respectivas religiones, sería ineficaz en absoluto, ya que semejantes creencias en nada modifican el género de vida. Pero si creemos en estas grandes verdades como en las demás leyes de la naturaleza, como creemos, por ejemplo, que el fuego quema y que el agua moja, entonces será inmenso el efecto que en nuestra vida produzcan, pues la fe que tenemos en la inmutabilidad de las leyes naturales nos obliga a conformar nuestros actos con estas leyes. Convencidos de que el fuego quema, tomamos las precauciones necesarias para evitar la quemadura; y sabiendo que el agua ahoga, procuramos no poner pies en falso si no somos buenos nadadores. Pero estas creencias particulares son precisas y efectivas porque se basan sobre el conocimiento confirmado por la experiencia cotidiana; y por la misma razón, las creencias del estudiante de Teosofía son para él igualmente reales y precisas. Así es que de dichas creencias teosóficas dimanan las ventajas siguientes:

1^a Logramos comprender la razón de ser de la vida. Aprendemos cómo y por qué hemos de vivir, y nos convencemos entonces de que vale la pena de vivir cuando se comprende bien la vida.

2^a Aprendemos a gobernarnos y por consiguiente a desenvolvernos.

3^a Aprendemos la mejor manera de ayudar a quienes amamos, de ser útiles a todos aquellos con quienes nos ponemos en contacto, y después a toda la especie humana.

4^a Aprendemos a mirar siempre las cosas desde el más elevado punto de vista filosófico, y nunca desde el ínfimo punto de vista de la personalidad.

Por consiguiente:

5^a Ya no nos parecen tan graves las penas de la vida.

6^a Ya no nos parecen injustos los sucesos que en nuestro derredor acaecen, así como tampoco nuestro propio destino.

7^a Se desvanece el temor a la muerte.

8^a Se mitiga en gran manera el dolor que nos causa la muerte de las personas queridas.

9^a Adquirimos nuevas ideas acerca de la vida que sigue a la muerte, y comprendemos el papel que ésta desempeña en nuestra evolución.

10^a Quedamos libres de tormentosas preocupaciones de orden religioso, tanto en lo que a nosotros cuanto en lo que a nuestros amigos concierne, como por ejemplo, los temores relativos a la salvación del alma.

11^a Cesa toda ansiedad respecto a nuestro destino futuro, y vivimos en perfecta y serena paz..

Estudiemos ahora en pormenor estos distintos puntos y procuremos explicarlos sucintamente.

CAPÍTULO III

LA DIVINIDAD

Puesto que hemos declarado que la existencia de Dios es el primero y capital de los principios teosóficos, conviene definir el sentido que damos a la palabra Dios, de la que tanto se ha abusado y que tan sublime fue siempre. Ante todo, procuraremos sacarla de los estrechos límites en que la encierra la ignorancia de hombres poco evolucionados, y restituirle la admirable significación (aunque infinitamente inferior a la realidad) que le dieron los fundadores de las religiones. Así distinguiremos entre Dios, Existencia Infinita, por una parte, y por otra la manifestación de esta Suprema Existencia como Dios revelado que desenvuelve y guía un Universo. Tan sólo a esta manifestación limitada aplicaremos el nombre de "Dios personal". Dios, en Sí mismo, trasciende los límites de toda personalidad y está en todo y a través de todo. En realidad Él lo es todo. Y de lo Infinito, de lo absoluto, del Todo, únicamente podemos decir que Es.

Pero en la práctica no hay necesidad de remontarnos más allá dé la gloriosa y admirable manifestación de Aquel que es la suprema fuerza directora o Deidad de nuestro sistema solar (algo más comprensible para nosotros), a quien los filósofos llaman Logos. Todo cuanto hemos oído decir de Dios es cierto; todo lo bueno, se entiende, no los conceptos blasfemos que a veces se exponen atribuyéndole los vicios humanos. Pero todo cuanto se ha dicho acerca del amor, la sabiduría, el poder, la paciencia, la compasión, la omnisciencia, la omnipresencia, la omnipotencia, todo eso y mucho más es cierto del Logos de nuestro sistema. Verdaderamente "en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser"; y: aunque parezca extraño, esto no es imagen poética, sino un hecho científico y exacto. Al hablar, pues, de la Divinidad, nuestro primer pensamiento es el del Logos.

La existencia de Dios no es vaga suposición para nosotros, ni nuestra creencia en Él ofrece los caracteres de artículo de fe. Sabemos que existe porque sabemos que el Sol brilla, pues todo investigador que haya ejercitado la clarividencia adquiere la certidumbre absoluta de la Omnipotente Existencia; y aunque en ningún grado de nuestra humana evolución Le podamos ver directamente, nos cerca y avasalla la innegable evidencia de su voluntad y de su acción desde el momento en que nos aplicamos al estudio del mundo invisible, que en realidad es la más elevada región del mundo que habitualmente conocemos.

Vamos a explicar ahora un dogma común a todas las religiones: la Trinidad. Por incomprensible que al lector indocto le parezca la afirmación de los credos sobre este punto, preciso es reconocer que resulta significativa y luminosa en cuanto se desentraña su verdadero sentido. Tal como en su obra se nos muestra el Logos Solar, es indudablemente trino, y, sin embargo, uno, según enseñaron siempre las religiones. Las obras citadas más adelante, explican este aparente misterio en cuanto la mente humana puede comprenderlo en el actual estado de evolución.

Otra verdad fundamental es que Dios está en nosotros lo mismo que fuera de nosotros; o en otros términos, que la esencia del hombre es divina. La mayor parte de los hombres podrán rechazar esta verdad en su ceguera de cuanto no es lo más grosero del mundo exterior; mas para quien contempla el aspecto sublime de la vida, dicha verdad es absolutamente cierta. En el párrafo dedicado a la segunda verdad primordial trataremos de la constitución del hombre y sus diferentes vehículos. Baste indicar, por ahora, que

reconociendo nuestra divina esencia, tenemos la seguridad de que todo ser humano ha de volver, más o menos tarde, al seno de Dios.

EL PLAN DIVINO

Ninguna proposición tan difícil de aceptar por el vulgo como el corolario primero de la primera verdad fundamental. Al observar los sucesos de la vida cotidiana, echamos de ver tantas tormentas y tempestades, tantas penas y sufrimientos, que nos inclinamos por de pronto a creer en el triunfo del mal sobre el bien, pues parece imposible que el aparente desorden forme parte de una evolución sabiamente dirigida. ¡Y, sin embargo, ésta es la verdad de la que fácilmente podemos convencemos! Basta para ello apartarnos de la nube de polvo que levanta la encarnizada lucha del mundo exterior, y examinarlo todo desde el escabel que nos ofrecen la paz interior y un conocimiento más completo. Entonces quedan al descubierto los mecanismos de esta complicada maquinaria. Se hubiera creído que las opuestas corrientes del mal prevalecían contra la caudalosa del progreso, y vemos que, al fin y al cabo, esas corrientes contrarias no son sino agitaciones insignificantes, ligeros torbellinos superficiales en los que algunas gotas de agua parecen remontar la majestuosa corriente que, a pesar de las apariencias, y arrastrando consigo agitaciones y remolinos, prosigue serena su curso hacia el desagüe que le está señalado. Así la gran corriente de evolución persevera en su camino, y lo que tomamos por terribles tempestades, no son más que leves ondulaciones de la superficie. En apoyo de esta verdad expone Mr. C. H. Hinton otro símil¹.

Según nos enseña la tercera verdad primordial, en todo interviene la justicia absoluta, y por lo tanto en cualesquiera circunstancias en que se halle el hombre ha de saber que él mismo y nadie más las ha engendrado. Pero esto no es todo. Hemos de tener también el inquebrantable convencimiento de que por efecto de las leyes de evolución, todo concurre a proporcionar al hombre los medios más eficaces para desenvolver en sí mismo las cualidades que le sean más necesarias. Puede suceder acaso que no haya escogido la situación en que se encuentra; pero siempre es la que debe ser, porque es la merecida, y por esto es la más conveniente a su progreso. La vida puede oponer contra el hombre obstáculos de toda clase; pero estos obstáculos tienen por único objeto enseñarle a vencerlos y a desarrollar consiguientemente en sí mismo el valor, la resolución, la paciencia, la perseverancia: en suma, todas las cualidades de que carezca. Muy a menudo habla el hombre de las fuerzas de la naturaleza como si todas conspirasen contra él; pero si reflexionase detenidamente comprendería que, por el contrario, todo está cuidadosamente previsto para ayudarle en su progresiva y brillante ascensión.

Puesto que el plan divino existe en realidad, deber del hombre es tratar de comprenderlo. No hay necesidad. De demostrar esta proposición. Si sólo se tratara de un asunto de interés personal, nada mejor podría hacer quien viviese en ciertas condiciones, que acostumbrarse a ellas; pero desde el momento en que el hombre deja de obedecer a consideraciones egoístas, tiene señalado más claramente el deber de estudiar el plan divino, con objeto de cooperar más eficazmente a su realización.

Sin duda entra en este divino plan que el hombre coopere inteligentemente en él tan luego haya adquirido el suficiente desarrollo mental para abarcarlo y la bastante evolución moral para que desee auxiliar al mundo. Pero en verdad este divino plan es tan hermoso y admirable, que si el hombre llega a

¹ *Scientific Romances*. Vol. I, págs. 18 a 24.

contemplarlo una sola vez, no tiene más remedio que dedicar todos sus esfuerzos a convertirse en operario de Dios, por ínfima que sea la labor que se le confie².

LECCIÓN DE LA VIDA

Según de mi vida adelanto en la senda
y mis ojos ven más claro, aprendo
que bajo las apariencias del desorden
de la justicia la raigambre medra.
Que la pena y dolor tienen su objeto,
por más que quien los sufra no lo sepa,
y tan cierto cual que con el sol la aurora nace,
es que todo cuanto existe es bueno.
Como que la noche sombra engendra,
sé que cualquier acción punible
en algún día y lugar tendrá condena,
por largo que del castigo el plazo sea.
Sé que a nuestra alma algunas veces
del corazón auxilian las torturas,
y que para el alcance de sus creces
necesarias le son las amarguras
del cáliz rebosante y siempre lleno;
mas sé que todo cuanto existe es bueno.
Sé que no yace error alguno
en el divino plan vasto y eterno
y que entre humanos seres no hay ninguno
que no coopere al bien de todos ellos.
Sé que cuando mi alma a lo alto ascienda
su inextinguible anhelo persiguiendo,
hacia la tierra mirará diciendo
que todo es bueno cuanto existe en ella.

(Poesía anónima publicada por un diario norteamericano.)

² Para ampliar el conocimiento de la materia esbozada en este capítulo, puede consultar el lector las obras siguientes:
El Cristianismo Esotérico y Sabiduría Antigua, de Annie Besant. .
El Credo Cristiano, de Leadbeater.
Fragmentos de una Creencia Olvidada y Orfeo, de G.R.S. Mead.

CAPÍTULO IV

LA CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE

El profundo materialismo a que prácticamente ha estado entregada Europa, no puede demostrarse de mejor manera que por las mismas locuciones que empleamos en la vida cotidiana. Con naturalidad completa decimos habitualmente: "El hombre *tiene* alma; debemos *salvar* nuestra alma", etc., etc.; como si el hombre verdadero, el hombre real, residiera esencialmente en el cuerpo físico y el alma fuese un simple accesorio, un algo vago que perteneciese al cuerpo y de él dependiera.

Con semejante idea, cuya extremada inexactitud revela aún el mismo lenguaje, no debe maravillarnos que algunas gentes vayan un tanto más lejos por el mismo camino y se pregunten, por ejemplo, si realmente existe ese algo vago que se llama alma. De esto resulta muy a menudo que el común de los hombres no sepan si tienen o no alma, y aun menos que, esta alma es inmortal.

Pero lo sorprendente es que la humanidad pueda permanecer en tan deplorable ignorancia, pues multitud de pruebas (que el mismo mundo exterior ofrece) demuestran que el hombre tiene una modalidad de existencia absolutamente independiente de la vida de su cuerpo, una vida particular que antes de la muerte puede manifestarse a cierta distancia del cuerpo carnal y que después se separa completamente del cadáver. Mientras no desechemos la inconcebible ilusión que padecemos al creer que somos nuestro cuerpo, nos será imposible discurrir atinadamente sobre este asunto. Pero un poco de investigación nos mostrará en seguida que el cuerpo es sólo un vehículo, por medio del cual se manifiesta el hombre en relación con este tipo especial de materia grosera, con la que está construido nuestro mundo visible. Nos mostrará además la existencia de otros tipos de materia y la realidad, no sólo de la materia sutilísima que con el nombre de *éter* admite la ciencia moderna, afirmando que interpenetra todos los cuerpos, sino de materias más sutiles aún que el éter y que a éste interpenetran y en tenuidad superan.

El lector tal vez pregunte si el hombre llegará algún día a conocer estas tan maravillosamente sutiles e incoercibles variedades de la materia; y responderemos que las conocerá perfectamente, como ya conoce las formas groseras, es decir, cuando perciba las vibraciones que emiten. Y le será posible percibir estas vibraciones, por la sencilla razón de que en sí tienen materia de dichas sutiles variedades; pues de la misma manera que su cuerpo físico es el medio por el cual se comunica activa o pasivamente con el mundo físico, así las partículas de materia sutil que encierra le constituyen un órgano capaz de ponerle en comunicación con los mundos de materia sutil, que los groseros sentidos físicos no pueden percibir. Y ésta no es en modo alguno una idea nueva, pues ya dijo San Pablo que "hay cuerpos terrenales y cuerpos celestiales", y además habla distintamente del *alma* y del *espíritu* del hombre, no empleando estas palabras como sinónimos, aunque haya en nuestros días quien por tales las tome con supina ignorancia. Resulta, pues, evidente, que la constitución del hombre es mucho más compleja de lo que comúnmente se cree. No sólo hay un espíritu en un alma, sino que esta misma alma que *informa el espíritu*, dispone de varios vehículos de creciente intensidad, de los cuales el inferior y más material es el cuerpo físico. A todos estos vehículos se les puede llamar *cuerpos* si se les considera en relación con los especiales planos de materia a que pertenecen; porque, en efecto, hay en nuestro alrededor una serie de mundos que se compenetran, y el hombre posee un cuerpo de la misma naturaleza de uno de dichos mundos, con los cuales puede comunicarse y vivir en cualquiera de ellos mediante el cuerpo respectivo.

Gradualmente aprende el hombre a utilizar los diferentes cuerpos que posee, lo que le permite adquirir poco a poco una noción cada vez más completa del vasto y complicado universo en que vive, pues los mundos sutiles también forman parte integrante del Cosmos. De este modo llega el hombre a comprender muchas cosas que antes le parecieron misteriosas; deja de identificarse con sus cuerpos, echando de ver que no son sino vestiduras que puede ponerse, quitarse o mudarse sin alterar la esencia de su individualidad. ¿Será necesario insistir de nuevo en que esto no son especulaciones metafísicas ni creencias piadosas? Son hechos científicamente ciertos y por experiencia y con exactitud conocidos de cuantos han estudiado Teosofía. Muchos extrañarán que en estos asuntos reemplacen las afirmaciones rotundas a las hipótesis ordinarias; pero aquí hablamos tan sólo de lo que gran número de investigadores conocen por múltiples y repetidas experiencias. Seguramente "sabemos lo que decimos" y lo sabemos por experiencia y no por fe. Por esto hablamos confiadamente.

Los diferentes mundos que se interpenetran, los diferentes grados de materialidad que la naturaleza nos ofrece, se designan en Teosofía con el nombre de *planos*. Llamamos *plano físico* al mundo visible, comprendiendo en él los gases y los diferentes estados del éter. Al grado de materialidad que sigue inmediatamente después del plano físico, le llamaron *plano astral* los alquimistas medievales que conocieron perfectamente su existencia. La Teosofía ha respetado esta denominación. Pero más allá del plano astral³ existe un mundo de materia todavía más sutil que llamamos *plano mental* porque es la materia constituyente de la "mente" del hombre.

Hay, por último, otros planos superiores al mental; pero no los mencionaremos a fin de evitar confusiones, pues por de pronto sólo trataremos de las manifestaciones del hombre en los mundos inferiores.

No hemos de perder de vista que *en el espacio* no están estos mundos más lejos uno que otro. En realidad todos ocupan el mismo lugar y todos por igual y constantemente nos penetran y rodean. Por el momento, nuestra conciencia está equilibrada y como localizada en el cerebro físico, que es su órgano de trabajo, resultando de ello que *únicamente tenemos conciencia del mundo físico* y aun sólo de una parte de él. Pero basta que aprendamos a localizar y concentrar nuestra conciencia en uno de los vehículos superiores para que los objetos físicos se desvanezcan a nuestra vista y percibamos en vez de ellos el mundo constituido por la materia correspondiente al vehículo empleado. Recordemos que toda materia es en esencia la misma. La diferencia entre la materia astral y la física no es mayor en su naturaleza que la existente entre el hielo y el vapor de agua. Es la misma sustancia en distintos aspectos y condiciones. La materia física puede convertirse en astral, y ésta en mental. Basta para ello subdividirla lo conveniente y comunicarle el movimiento vibratorio que en rapidez corresponde a estos diferentes estados.

EL HOMBRE VERDADERO

¿Qué es, pues, el hombre verdadero? El hombre verdadero es, en realidad, una emanación del Logos, Una chispa de Fuego Divino. El Espíritu que en él hombre existe es de la esencia de la Divinidad y lleva

³ La frase adverbial «más allá» no expresa aquí distancia, sino mayor sutilidad de la materia. Ya se ha dicho, y esto ha de tenerlo siempre presente el estudiante, que los planos o mundos se compenetran (*N. del T.*)

por envoltura un alma que lo individualiza, y a nuestra limitada visión parece separarlo por cierto tiempo de la Divina Vida.

Admirable e interesante es la historia de la primera formación del alma humana y de la investidura del Espíritu en esta alma; pero no cabe su relato en las pocas páginas de una obra elemental como esta.

Por extenso la encontrará el lector en tratados especiales. Baste decir aquí que los tres aspectos de Vida Divina funcionan en este génesis y que la formación del alma humana constituye en cierto modo el gran sacrificio del Logos al descender a la materia, o sea al acto llamado Encarnación.

He aquí, pues, nacida el alma niña; y así como ha sido formada "a imagen de Dios", trina en su aspecto como el mismo Dios y trina también como Él en su manifestación, de la misma manera su proceso evolutivo será el reflejo de su descenso en la materia. La Chispa Divina entraña todas las potencialidades, pero necesario ha de serle evolucionar durante edades sin cuenta antes de realizarlas en acto. El procedimiento establecido para la actuación de las cualidades latentes en el hombre, parece ser el de que aprenda a vibrar en respuesta a los impactos del exterior. Pero en el nivel en donde se halla el hombre verdadero (es decir, en el plano mental superior), son las vibraciones demasiado tenues para que el hombre carnal responda a ellas; porque, primeramente, el hombre sólo percibe movimientos de grosera y violenta energía vibratoria, y sólo cuando por medio de ellas despierta su aletargada sensibilidad, se hace gradualmente más y más sensitivo, hasta que por fin responde perfectamente a toda clase de vibraciones en todos los planos.

Tal es el aspecto material del progreso humano; pero desde el punto de vista subjetivo, el hombre capaz de responder a todas las vibraciones ha de atesorar en toda su plenitud la facultad de simpatizar y compadecer. Esta es, en efecto, la rigurosa característica del hombre evolucionado, del Adepto, del Instructor espiritual, del Cristo. A esta condición ha precedido el desarrollo de todas las cualidades que dan perfección al hombre, y es la verdadera labor de su larga vida en la materia.

En este capítulo hemos bosquejado puntos importantísimos. Quienes deseen profundizar su estudio pueden consultar las obras teosóficas que citamos en la nota⁴.

⁴ *El Sendero del Discipulado; Nacimiento y Evolución del Alma; El Hombre y sus Cuerpos; El Yo y sus Envolturas; Los Siete Principios del Hombre; y Hacia el Templo*, de Annie Besant.

El Hombre Visible e Invisible; Clarividencia; El Credo Cristiano; y Protectores Invisibles, de C.W. Leadbeater.
El Desarrollo del Alma, de A.P. Sennett.

CAPÍTULO V

LA REENCARNACIÓN

Supuesto que al principio no pueden las vibraciones muy sutiles influir en el alma, preciso es que ésta se revista de envolturas lo bastante groseras para que al menos puedan afectarla las vibraciones más pesadas. Así es que el alma se reviste sucesivamente de los cuerpos mental, astral y físico. Esto es lo que constituye un nacimiento o una encarnación, el comienzo de una vida física durante la cual adquiere el alma alguna experiencia sobre todo linaje de cosas; aprende, por decirlo así, ciertas lecciones y desenvuelve determinadas cualidades.

Al cabo de más o menos tiempo, vuelve el alma a retraerse en sí misma y va despojándose uno tras otro de los cuerpos de que se revistió. El primero en desechar es el físico, y a este desecho llamamos muerte, que no es en modo alguno el cese de nuestras actividades como ignorantemente suponemos. Nada más contrario a la verdad que esta suposición. La muerte es, en realidad, el simple esfuerzo que efectúa el alma para replegarse en sí misma, llevando como fruto de su vida terrena los conocimientos adquiridos. Tras un período más o menos largo de relativo reposo, le será necesario -hacer otro esfuerzo de la misma naturaleza.

Así, pues, según queda dicho, lo que comúnmente llamamos vida, es tan sólo un día de la más durable y verdadera vida, es -un día de escuela en que nuestra alma aprende algunas lecciones. Pero, ¿qué es una vida de setenta u ochenta años a lo sumo para aprender todas las lecciones que el mundo ha de enseñarnos y Dios quiere que nos enseñe? Forzosamente habrá de renacer nuestra alma una y otra vez para vivir uno y otro día en la escuela que llamamos existencia, en clases distintas y en diversos ambientes, hasta recibir todas las lecciones que necesite aprender. Entonces y sólo entonces termina nuestra tarea de escolares y pasamos a cumplir un deber más elevado y glorioso: el de la vida divina, para el que no es más que 'una preparación el aprendizaje de las vidas terrestres.

He aquí, pues, en qué consiste la doctrina de la reencarnación y de los renacimientos; doctrina casi universalmente admitida por los pueblos civilizados de la antigüedad y que aun profesa la mayor parte de la especie humana.

"Lo que es incorruptible -dice Hume- debe ser igualmente improcreable. Si el alma es inmortal, debe preexistir al nacimiento del cuerpo, y, por lo tanto, la metempsicosis es el único sistema espiritualista admisible por la filosofía⁵.

Max Muller dice, a propósito de las teorías reencarnacionistas de India y Grecia:

"Se basan en una idea que, de estar expresada en términos menos mitológicos, podría considerarse como la mejor prueba de superior cultura filosófica"⁶.

En su obra póstuma, este gran orientalista insiste en la doctrina de la reencarnación, declarando que personalmente cree en ella.

Por su parte, dice Huxley:

⁵ HUME: *Essay on Immortality*. -Londres, 1875.

⁶ MAX MULLER: *Teosofía o Religión Psicológica*, p. 22.- Edición de 1895.

"Como la doctrina evolucionista, tiene la de la transmigración su raíz en el mundo de los hechos y se funda en todo cuanto la analogía puede proporcionar de más demostrativo en punto a argumentos."⁷

Vemos que tanto los escritores modernos como los antiguos, consideran digna de serio examen la hipótesis reencarnacionista. Pero ni por un momento hemos de confundirla con aquella otra teoría, hija de profunda ignorancia, según la cual, el alma, llegada por evolución a la etapa humana, podía regresar y convertirse en alma de bestia. De ningún modo. Tal regresión es absolutamente imposible. Desde el punto en que un hombre existe (es decir, un alma humana con lo que llamamos en nuestros libros cuerpo causal por envoltura), es imposible que retroceda al reino animal por errores que cometa, por mucha que sea su terquedad en desperdiciar las ocasiones que de progreso se le ofrezcan. Si tal hombre es perezoso y desaplicado en la escuela de la vida de que antes hablábamos, habrá de repetir la misma lección, hasta que pronto o tarde llegue a saberla, por lentos que sean sus adelantos.

Hace algunos años, una revista expuso galanamente la creencia de esta doctrina, diciendo:

"Un parvulito fue a la escuela sin saber más que lo que había mamado con la leche de su madre. El maestro, que era el mismo Dios, lo puso en la ínfima clase y le señaló estas lecciones para que las aprendiera: 'No matarás. No dañarás a ningún ser viviente. No hurtarás'. El discípulo no mató, pero fue cruel y hurtó. Al terminó del día, cuando ya su barba era canosa y vino la noche, el maestro, que era el mismo Dios, le dijo: 'Aprendiste a no matar, pero no las otras lecciones. Vuelve mañana'.

"Volvió hecho niño a la mañana siguiente, y el maestro, que era el mismo Dios, lo puso en una clase más adelantada y le señaló estas lecciones: 'No dañarás a ningún ser viviente. No hurtarás. No mentirás', Y el discípulo no dañó a ser viviente alguno, pero hurtó y mintió. Y al cabo del día, cuando vino la noche y encaneció su barba, el maestro, que era el mismo Dios, le dijo: 'Aprendiste a ser compasivo, pero no las demás lecciones que te indiqué, Vuelve mañana'.

"Y otra vez al día siguiente volvió hecho niño. Y su maestro, que era el mismo Dios, lo puso en una clase algo más adelantada y le señaló estas lecciones: 'No hurtarás. No mentirás. No codiciarás'. Y el discípulo no hurtó, pero mintió y codició. De modo que al cabo del día, cuando vino la noche y tuvo la barba cana, el maestro, que era el mismo Dios, le dijo: 'Aprendiste a no hurtar, pero no las demás lecciones. Hijo mío, vuelve mañana'."

"Esto leí en el rostro de hombres y mujeres y en el libro del mundo y en el pergamo que escrito con estrellas se desarrolla en los cielos"⁸.

No acumularemos en estas páginas los muchísimos argumentos irrefutables sobre que se funda la doctrina de la reencarnación, pues acabadamente están expuestos en nuestra literatura por pluma más docta; pero observaremos que la vida nos pone frente a frente de multitud de problemas cuya solución sólo se halla en la hipótesis reencarnacionista. Esta gran verdad los explica, y, en consecuencia, hemos de tenerla por buena mientras no se descubra otra hipótesis más satisfactoria. Añadiré que para muchos de nosotros (y lo mismo podemos decir de las demás enseñanzas), esta llamada hipótesis no lo es en modo alguno, sino conocimiento sólido y directamente obtenido, aunque ello no pueda servir de prueba parra la masa en general.

⁷ HUXLEY: *Evolution and Ethics*, 61. - Edición de 1895.

⁸ BERRY BENSON: *The Century Magazine*. - Mayo, 1894.

El espectáculo de las torturas morales y de los sufrimientos físicos les sugería el dilema de que: o Dios no era omnipotente y no podía impedir el mal, o no era infinitamente bueno y miraba con indiferencia nuestras miserias. Los teósofos tenemos la inquebrantable convicción de que Dios es a un tiempo todo Poder y todo Amor, pues gracias a la doctrina fundamental de la reencarnación podemos conciliar con esta certidumbre la realidad de las amarguras que nos rodean. Seguramente merece detenido examen la única hipótesis que nos permite reconocer racionalmente en la Divinidad la perfección de la misericordia y de la omnipotencia, pues tal hipótesis nos enseña que nuestra vida actual no es un comienzo, sino que tras nosotros dejamos larga serie de existencias, y mediante lo aprendido en el pasado nos pudimos elevar desde el nivel del hombre primitivo a nuestra condición presente. Sin duda, que en el transcurso de esas vidas pasadas hubimos de obrar bien y obrar mal. De cada una de nuestras acciones resultó con arreglo a la ley de infalible justicia tal proporción definida de bien o de mal. De las buenas resultan siempre felicidad y además condiciones favorables para el desenvolvimiento ulterior; de las malas resultan siempre sufrimiento y limitación.

Si, por lo tanto, nos encontramos embarazados de algún modo en nuestras aspiraciones hacia el bien, hemos de comprender que esta inferioridad proviene tan sólo de nosotros mismos, o es efecto de la juventud de nuestra alma; y si estamos apesadumbrados y en lucha con la tristeza y el sufrimiento, únicamente nosotros somos los causantes de ello. Los mil y mil destinos de los hombres, tan varios y complejos, son otras tantas exactas e inevitables resultantes del bien o del mal que entrañaron sus actos anteriores, pues todo progresá regularmente de conformidad con la ley divina y en previsión de la final y gloriosa apoteosis.

Quizás ninguna enseñanza teosófica haya sido tan violentamente combatida como esta gran verdad de la reencarnación, y, sin embargo, es una consoladora doctrina, pues nos concede el tiempo necesario para realizar los progresos que nos faltan y la posibilidad de llegar a ser "perfectos como nuestro Padre que está en los cielos".

Algunos adversarios apoyan su principal argumento en la consideración de que las penas y dolores sufridos en esta vida les fuerzan a rechazar la idea de que sea necesario repetir semejantes pruebas. ¡Endeble razonamiento! Puesto que buscamos la verdad y a su encuentro vamos, no hemos de retroceder ante ella aunque nos desagrade su cariz; pero en realidad, la reencarnación bien comprendida es, según ya dijimos, una doctrina profundamente consoladora.

Otros preguntan a menudo por qué, si hemos pasado tantas vidas anteriores, no nos acordamos de ninguna. Responderemos en dos palabras diciendo que algunas personas las recuerdan, aunque son las menos, pues la gran mayoría de las gentes de nuestra época tienen todavía la conciencia localizada en uno de sus vehículos o envolturas inferiores. No es posible exigir de este vehículo que recuerde encarnaciones anteriores, puesto que jamás las tuvo; y el alma, que sí las ha tenido, no es aún plenamente consciente en su peculiar plano. Sin embargo, todos los recuerdos del pasado quedan en el alma, y precisamente expresión de ellos son las cualidades congénitas del niño. Pero cuando un hombre ha evolucionado lo bastante para localizar su conciencia en el alma y ya no más en sus vehículos inferiores, entonces se abre ante él corno en abierto libro la completa historia de aquella más vasta y verdadera vida⁹.

...

⁹ Consultense las obras siguientes:

La Sabiduría Antigua, de Annie Besant.

Reencarnación, de Annie Besant

Reencarnación, del Dr. Jerome Anderson.

CAPÍTULO VI

NUEVO CONCEPTO DE LA NATURALEZA HUMANA

Reflexionando un poco veremos muy luego la radical mudanza que se opera en la conducta de un hombre convencido de que nada es la vida física sino un día de escuela, y de que el cuerpo físico nada es tampoco sino un traje que nos ponemos temporalmente con objeto de aprender con él. Entonces comprende el hombre que su única labor importante es la de "aprender la lección", y que necia conducta fuera distraerse del cumplimiento de este deber por frívolas atenciones.

Para quien conoce la verdad es pueril y baladí la existencia cotidiana del común de los hombres que exclusivamente se afanan por los bienes materiales y desolados corren en pos de la riqueza y de la gloria. ¿No es ello el absurdo sacrificio de lo verdaderamente apetecible a la momentánea satisfacción del elemento inferior de nuestra naturaleza? El estudiante "cobra afición a las cosas de lo alto y no a las terrenas"; primero, porque tal es su deber; y después, porque comprende perfectamente la insignificancia de todo lo perecedero. Procura colocarse siempre en el más elevado punto de vista, pues si desde abajo mirase, ninguna importancia daría a lo que ver pudiera, ya que la vista se halla entonces obscurecida por la espesa neblina en que nos envuelven las tentaciones y concupiscencias.

Sin embargo, aun cuando esté plenamente convencido de que el sendero elevado es el bueno, y esté determinado a seguirlo, se encontrará a veces tentado a ir por el sendero inferior, y se dará cuenta de que hay una gran lucha dentro de él. Descubrirá que, según enérgica frase de San Pablo: "la ley de la carne entra en batalla con la ley del espíritu", por lo cual: "No hago lo que quisiera y sí lo que no quisiera".

Observaremos a propósito de esto que personas de profunda religiosidad se engañan deplorablemente muchas veces sobre la causa de las luchas interiores que todos hemos sentido en mayor o menor escala. Dichas personas aceptan generalmente una de estas dos explicaciones: o bien suponen que la tentación proviene del demonio y es, en consecuencia, extraña a la persona; o, por el contrario, deploran la negrura y malicia de su alma y tiemblan ante el abismo de mal que sospechan en su corazón. Ciertamente muchas personas buenas y piadosas están atormentadas en este punto por angustias inútiles.

Si queremos comprender bien este asunto, hemos de considerar ante todo que los deseos concupiscentes no son en modo alguno *nuestros* deseos, ni tampoco son efecto del demonio empeñado en apoderarse de nuestra alma. Verdad es que a veces atraemos entidades siniestras por medio de los malos pensamientos que las vigorizan; pero estas entidades son de creación *humana* y además transitorias. Consisten sencillamente en formas artificiales, engendradas por los malos pensamientos de los hombres, y la ficticia vida que las anima dura en proporción al vigor del pensamiento que las engendró.

Mas, por lo general, los nocivos impulsos que recibimos dimanan de muy distinta fuente. Hemos dicho que durante la tarea de la encarnación, se revestía sucesivamente el hombre de envolturas constituidas por la materia de los distintos planos. Ahora bien: esta materia no está muerta (pues la ciencia oculta nos enseña que no puede haber materia muerta), sino que es materia viva y con vida instintiva. Pero la vida que anima a esta materia se halla en un grado de evolución mucho más atrasado que el nuestro, de tal modo que

la materia tiende a descender todavía hacia estados de materia inferiores o más densos, puesto que para ella el progreso consiste en densificarse, al paso que para nuestro Yo en sutilizarse. Por tanto, su tendencia es siempre la de ir hacia abajo, la de conseguir vibraciones groseras y materiales, que para ella significan progreso, aunque para nosotros son retroceso. Fácil es, en consecuencia, descubrir la causa del conflicto, puesto que el interés del hombre verdadero es opuesto al de la materia viva que constituye algunos de sus vehículos.

He aquí sucintamente bosquejada la explicación del extraño combate interior que experimentamos algunas veces, y que a ciertos espíritus poéticos les sugirió la idea de los ángeles y demonios en lucha por la posesión de las almas humanas¹⁰.

Necesariamente ha de comprender el hombre que *él mismo* es la fuerza superior que va siempre a la vanguardia y pelea por el bien; mientras que la fuerza inferior *no es él mismo*, sino el rebelado fragmento de uno de sus vehículos inferiores. El hombre verdadero ha de aprender a subyugar este fragmento rebelde, a dominarlo por completo y reducirlo a la obediencia; pero no ha de caer en el error de considerarlo como intrínsecamente perverso, pues también es una emanación del Poder divino, que se esfuerza en proseguir su trayectoria normal descendiendo a la materia, en vez de ascender y desprenderse de ella, cómo debemos hacer nosotros.

¹⁰ Consúltese *El Plano Astral*, del autor.

CAPÍTULO VII

LA MUERTE

Fecundo en resultados prácticos es el completo conocimiento de la verdad teosófica, y uno de los más importantes es el de cambiar diametralmente el vulgar concepto que habíamos tenido de la muerte. Es imposible imaginarse cuántas torturas morales, terrores y aflicciones ha sufrido la humanidad por su ignorancia supersticiosa respecto de la muerte. Un cúmulo inmenso de falsas y absurdas opiniones en este punto, han producido en el pasado y aun hoy producen incalculables sufrimientos. El desarraigo de tales prejuicios es uno de los mayores beneficios que se pueden otorgar a la humanidad, y tal beneficio reciben de la Teosofía, quienes, gracias a los estudios filosóficos que cursaron en vidas anteriores, son aptos para aceptar en el presente las enseñanzas que, desvaneciendo el temor a la muerte y muchas de las tristezas que la acompañan, nos permiten contemplarla en su verdadero aspecto, y comprender cuál es su objeto en el plan general de la evolución.

Cuando se considera la muerte como el término de la vida o como la llegada a un país sombrío, peligroso y desconocido, natural es mirarla no sólo con honda repugnancia, sino también con profundo terror. Y como a pesar de todo cuanto las religiones han hecho para enseñar lo contrario, tal es el concepto vulgar de la muerte en el mundo occidental, no es maravilla que los mil horrores inherentes a esta idea de la muerte hayan arraigado en las costumbres, ofuscando a muchos que debieran saber más. Los símbolos constitutivos del dolor: las pompas fúnebres, las plumas, el terciopelo negro, el crespón, los vestidos de luto, la orla negra de las cartas son tan sólo pruebas de la ignorancia de las personas que las emplean. En cuanto el hombre empieza a comprender lo que es la muerte, da de mano a todo formulismo de luto como niñerías tontas. Sabe que la muerte es un bien, y se da cuenta de que es egoísmo el deploar un suceso felicísimo para un amigo, tan sólo porque en apariencia va a separarse de su lado. Sin duda que no podrá substraerse al choque de la momentánea separación; pero puede evitar que su propio dolor sirva de estorbo e impedimento al amigo que se fue.

El hombre conocedor de la muerte sabe que no ha de temerla ni deploarla, tanto si a él mismo como si a los seres amados alcanza. Todos han muerto ya muchas veces, pues la muerte es vieja amiga de los hombres.

En vez de representarla como espantable reino del terror, sería preferible darle por alegoría un ángel que con aurea llave nos abriese las puertas de los gloriosos reinos de la vida superior.

El hombre conocedor de la muerte comprende claramente asimismo que la vida es continua y que la pérdida del cuerpo físico sólo significa cambio de vestido, sin la más mínima mudanza del hombre verdadero que puesto lo llevaba. Comprende que la muerte es sencillamente el tránsito de una vida, en más de la mitad física, a una vida completamente astral y muy superior, en consecuencia. Así, pues, cuando la muerte llega, la bien recibe, y si alcanza a quienes él ama, reconoce que es para ellos un gran beneficio, aunque no pueda reprimir cierto pesar egoísta ante aquella separación temporal a que se le obliga. Comprende igualmente que esta separación es aparente y de ningún modo real. Sabe que los llamados muertos están siempre junto a él y que sólo necesita abandonar temporalmente su cuerpo físico durante el sueño para reunirse y comunicarse con ellos como antes.

Ve claramente la unidad del vasto universo cuyas porciones visibles e invisibles a los ojos físicos, están gobernadas por las mismas leyes divinas. Así no se sorprende ni se angustia al pasar de una a otra de estas porciones y está segurísimo de lo que oculta el velo.

La solicitud de los investigadores de Teosofía le ha descrito y pormenorizado tan claramente el conjunto del mundo invisible, que lo conoce tan bien como el físico; y sin vacilación podrá pasar del último al primero en cuanto se le ofrezca coyuntura favorable a su progreso interno.

Para pormenores completos acerca de los diversos grados de esta vida superior, remitimos al lector a los tratados especiales. Baste decir aquí que las condiciones en que el hombre pasa de una a otra vida son precisamente las que él mismo ha engendrado. Los pensamientos y deseos alimentados durante la vida terrestre toman forma de entidades vivas, perfectamente definidas, que le rodean y sobre él influyen hasta agotar la energía que él mismo les infundiera. Si los pensamientos y deseos se enfocaron perseverantemente en el mal, serán verdaderamente terroríficos los compañeros del hombre; pero felizmente tales hombres están en pequeña minoría entre los habitantes del mundo astral. Lo peor que el común de las gentes de la tierra se prepara como vida de ultratumba, es una existencia indecidiblemente fastidiosa, desprovista de todo interés racional, como consecuencia de los años desperdiciados en frivolidades, bagatelas, hablillas e indulgencias para ellas mismas.

A este fastidio sombrío y pasivo se añaden a veces verdaderos sufrimientos. Si, por ejemplo, un hombre se deja dominar durante su vida terrestre por violentos apetitos físicos y se convierte en esclavo de vicios, como la avaricia, la sensualidad o la embriaguez, se apareja entonces con ello muchos sufrimientos purgatoriales para después de la muerte, pues al perder su cuerpo físico no pierde en modo alguno los malos deseos e inclinaciones que fomentara, sino que persisten más despiertos que nunca y más activos, por no embarazarlos la inercia de las partículas de materia grosera. Pero lo que un hombre tal pierde, es el medio de satisfacer aquellos apetitos e inclinaciones que, insaciados e insaciables, le atormentan reaccionando sobre él. Bien puede comprenderse que para este desgraciado ello constituye un verdadero infierno, aunque temporal, puesto que los deseos acabarán por consumirse en su propio fuego, gastando precisamente su energía en el sufrimiento que ocasionan.

Ciertamente, es terrible destino éste. Sin embargo, no hemos de perder de vista, en primer lugar, que el hombre no es tan sólo el artífice de su desgracia, sino que también determina su intensidad y duración. Consintió en la tierra que tal o cual deseo cobrase tal o cual pujanza, y en la otra vida se encuentran en lucha con este deseo y ha de vencerlo. Si durante la vida física hizo ya algunos esfuerzos para reprimirlo y tenerlo en jaque, estos esfuerzos precedentemente realizados aminorarán los que aun le quedan por hacer. Él ha engendrado el monstruo y él debe vencerlo, pues él mismo dio toda la fuerza a su enemigo. Su destino es obra de sí mismo y él mismo lo ha engendrado.

En segundo lugar, debemos decir que la penitencia, el sufrimiento, es entonces el único medio de salvación. ¿Qué sucedería si le fuera posible evitarlo y pasar a través de la vida astral sin consumir sus bajos apetitos? Sencillamente, que en la próxima vida física le dominarían aún completamente las mismas pasiones. Fuera ebrio, avaro o lascivo de nacimiento, y estas pasiones llegarían a punto de indomables antes de que el hombre hubiese podido aprender que es preciso esforzarse en vencerlas. Fuera nuevamente su esclavo en cuerpo y alma, resultando de este modo inútil otra existencia terrena y perdida otra coyuntura de progreso. Sería esto un círculo vicioso sin salida alguna y se retardaría indefinidamente la evolución interna del hombre.

El plan divino está libre de tamaños defectos. La pasión se extingue durante la vida astral y el hombre vuelve a la existencia física sin ella; aunque en verdad subsiste aún la flaqueza moral que precedentemente permitió el prevalecimiento de las pasiones; y, por otra parte, no es menos cierto que el cuerpo astral formado para la nueva encarnación, está organizado de manera que pueda sufrir y expresar exactamente las mismas pasiones que su predecesor, siéndole fácil al hombre reencarnado repetir la mala vida pasada. Pero el Yo, el hombre verdadero, ha recibido una terrible lección, y con seguridad hará los mayores esfuerzos para impedir que su naturaleza inferior repita el error de caer otra vez bajo el yugo de aquella pasión. Sin duda existen todavía en los gérmenes; pero si, por otras causas, mereció nacer de padres buenos y prudentes, éstos le ayudarán a desenvolver lo que de bueno haya en su naturaleza y a refrenar lo malo. Imposibilitados de fructificar, se atrofiarán los gérmenes de pasiones y después de otra encarnación no apuntarán siquiera. Así, por lentos progresos, llega el hombre a desarraigar de sí las malas inclinaciones y a cultivar en cambio todas las virtudes.

Por otra parte, el hombre inteligente y generoso, el hombre que comprende las condiciones de esta existencia suprafísica y se toma el trabajo de adaptarse a ella cumpliendo el mayor número posible de condiciones, este hombre ve extenderse ante él un campo admirable de ocasiones y posibilidades tanto para instruirse como para trabajar eficazmente. Descubre que la vida fuera del cuerpo denso posee intensidad y refulgencia tales, que comparadas con las más vivas alegrías terrenas, resultan éstas como la luz de la luna comparada con la del sol. Su claro conocimiento y su tranquila confianza hacen resplandecer en él y en cuantos le rodean los poderes de la vida perdurable. Se convierte en inefable centro de paz y de gozo para centenares de hombre hermanos suyos, y en algunos años de existencia astral puede realizar mucho más bien que le hubiera consentido una dilatada vida física. Sabe perfectamente, sobre todo, que aun tiene ante él otro período de su vida de ultratumba mucho más grandioso todavía. Del mismo modo que por sus pensamientos y deseos inferiores ha engendrado el ambiente de su vida astral, así con sus elevados pensamientos y nobles aspiraciones se prepara su vida celeste. Porque el cielo no es sueño, sino realidad vívida y gloriosa. No es ciudad lejana sita sobre las estrellas, con puertas de fina pedrería y calles pavimentadas de oro, cual patria de una minoría de elegidos. No. El cielo es sencillamente un estado de conciencia por el que todo hombre ha pasado, pasa y pasará durante el intervalo entre dos encarnaciones. Este cielo no es, por lo tanto, una morada eterna; pero sí un estado de felicidad inefable que se prolonga por centenares de años. Y no sólo esto, porque si bien el cielo contiene en realidad todo cuanto las diversas religiones prometieron de mejor y más sublime con dicho nombre, no se le ha de considerar únicamente desde este particularizado punto de vista.

En un reino de la naturaleza, que tiene suma importancia para nosotros. Es un inmenso y admirable mundo de intensa vida en el que ya podemos vivir desde ahora, lo mismo que en los períodos entre dos encarnaciones. Tan sólo nuestra falta de desarrollo y aquella especie de disminución de nuestro Yo, motivada por la carnal vestidura, nos impiden comprender plenamente que en todo momento y por todos lados nos rodea la gloria del más alto cielo, cuyas influencias no cesan de afectarnos por doquiera. Por imposible que esto le parezca al hombre vulgar, es para el ocultista la más positiva realidad, y a quienes todavía no hayan comprendido esta verdad fundamental, les repetiremos la admonición del instructor budista: "No os abisméis en la oración, en los lamentos y en las quejas, sino abrid los ojos y ved. La luz brilla en nuestro derredor y no tenéis más que quitaros la venda de los ojos y mirar. ¡Es tan maravilloso y bello; supera de mucho a todo cuanto el hombre puede soñar o imaginar! ¡Y esto durará siempre por siempre!"¹¹.

¹¹ The Soul of a People, pág. 163

Cuando poco a poco se desgasta y desecha el cuerpo astral, que es el vehículo de los pensamientos y los deseos de orden inferior, el hombre se encuentra extremadamente revestido de aquel otro vehículo formado de materia más pura y sutil a que llamamos cuerpo mental. Entonces concentra su conciencia en este vehículo y por su medio puede percibir las vibraciones provenientes de las partículas del mundo exterior correspondiente a la densidad del cuerpo mental. Terminó el tiempo de purgatorio. Se ha consumido la porción inferior de su naturaleza y sólo restan los elevados pensamientos y nobles aspiraciones que tuvo durante su vida terrestre. Se concretan en derredor de él y le forman una especie de concha por cuyo medio puede responder a ciertas modalidades vibratorias de aquella materia sutilísima, espigando con ella en el común tesoro del mundo celeste. Porque este plano mental es, por decirlo así, el mismo reflejo del divino. Espíritu, el inagotable acopio del que los moradores del cielo pueden extraer exactamente lo que corresponda a las aspiraciones y pensamientos que hayan tenido en sus vidas física y astral.

Todas las religiones nos hablan de la dicha celeste; pero pocas arrojan luz sobre esta idea capital, la única que racionalmente explica cómo todos los hombres sin excepción pueden ser felices en el cielo. Sin embargo, la solución del problema estriba en el hecho de que cada cual crea su propio cielo, escogido entre los inefables esplendores del pensamiento divino, los bienes que más ardientemente haya deseado. Así, cada cual, mediante las causas engendradas en la tierra, regula por sí mismo la duración y el carácter de su vida celeste. Cada hombre tiene, por lo tanto, la cantidad de dicha que merece, y sus goces celestiales son de la calidad más adecuada a su idiosincrasia. El cielo es un mundo en que cada ser (por el hecho de su conciencia allí) goza de la mayor felicidad espiritual que sea capaz de disfrutar. En un mundo que puede satisfacer todas las aspiraciones sin más tasa que las aspiraciones mismas¹².

¹² Consultese:

El Plano Astral, de Leadbeater

El Plano Mental, de Leadbeater

La Muerte, ¿y después?, de Annie Besant

Al otro lado de la Muerte, de Annie Besant.

CAPITULO VIII

PASADO Y PORVENIR DEL HOMBRE

Una vez convencidos de que todos los hombres han llegado a su actual estado de evolución por haber pasado a través de una larga serie de distintas vidas anteriores, acude a los labios esta pregunta: ¿hasta qué punto nos es posible averiguar nuestro pasado? El problema es notoriamente interesante. Mas, por fortuna, cabe el informe cierto sobre este punto, no sólo por tradición, sino también de otra manera más segura. Nos falta espacio para extendernos aquí sobre las maravillas de la psicométría, y así diremos tan sólo que existen numerosas pruebas y que no hay suceso ni incidente, por mínimo que sea, que no se registre por sí mismo inmediata e indeleblemente en *la memoria de la Naturaleza*, en la que se puede encontrar con absoluta exactitud la verdadera, completa y fiel representación de cualquier escena y suceso acaecido desde el principio del mundo¹³. Todos los estudiantes de ocultismo saben que es posible leer los anales del pasado y muchos saben además cómo se leen.

Esta memoria de la Naturaleza ha de ser en esencia la misma Divina Memoria que está muy allá del alcance de nuestra mente, pero que se refleja en planos inferiores de modo que, cuando lamente humana se ejercita en ello, puede hallar en estos planos la huella de todos los sucesos que los afectaron. Pongamos un ejemplo: todo cuanto acaece ante un espejo se refleja en la superficie del mismo, y nuestros ciegos ojos creen que ninguna huella dejan aquellas imágenes en la superficie reflejante. Sin embargo puede ocurrir lo contrario, pues no es difícil concebir que las imágenes *queden impresas* en el espejo, del mismo modo que los sonidos impresionan el cilindro de un fonógrafo, y nada se opondría a reproducir las imágenes por medio de sus huellas en el espejo, como se reproducen los sonidos mediante sus huellas en el cilindro.

La psicometría superior demuestra no sólo que *puede ser así*, sino que *es así*; y que no tan sólo un espejo, sino cualquier objeto físico, conserva las huellas exactas de cuanto ante él sucede. De este modo disponemos de un rigurosos y precioso método que nos permite leer desde su primer comienzo la historia del mundo y de nuestra raza, pudiendo con ello observar infinidad de hechos interesantísimos, como si los actores de otro tiempo repitiesen en nuestro obsequio las escenas que realmente representaron en el pasado¹⁴.

Las investigaciones hechas por tales métodos acerca del pasado, nos descubren un largo proceso evolutivo, lento y gradual, pero incesante. Nos muestran que el desenvolvimiento de la humanidad está sujeto a dos grandes leyes: la de la evolución que sosegadamente impulsa al hombre hacia delante y hacia arriba, y la de divina justicia o de causa y efecto, que inevitablemente trae al hombre el resultado de cada una de sus acciones, y así le enseña poco a poco a vivir de manera inteligente en armonía con la primera ley.

¹³ Consultese las obras:
Clarividencia, de CW Leadbeater
Los Anales Akáshicos, del mismo autor.
Psychometry, del Dr. Buchanan.
Soul of Things, del Profesor Denton.

¹⁴ Véase *Clarividencia*, de CW Leadbeater

No es la Tierra el único teatro de este largo proceso evolutivo. Lo empezamos en otros globos relacionados con ella. Pero el asunto es demasiado vasto y complejo para tratarlo en una obra elemental¹⁵. En los libros más extensos se hallan informes ciertos y pormenorizados acerca del pasado del hombre, y también respecto de su porvenir, cuya gloria no acertaría a expresar idioma alguno, aunque sea posible dar idea de las primeras etapas que a ella encaminan. A muchas personas discretas les parecerá chocante y aun blasfema la idea de que el hombre sea divino y que pueda actualizar en sí mismo las potencias de la divinidad. Sin embargo, no aparece por parte alguna la razón de esta extrañeza, pues el mismo Jesús recuerda el texto de las Escrituras a los judíos que le rodean, y les dice: "Sois Dioses". Además, los Padres de la Iglesia sostienen la doctrina de la deificación del hombre; pero en nuestra época se han falseado o mal comprendido muchas enseñanzas que en otro tiempo fueron rigurosamente ortodoxas, y ahora parece que sólo conocen la verdad íntegra los estudiantes de ocultismo.

Preguntan algunos por qué, si el hombre era al principio una chispa de la Divinidad, le ha sido necesario pasar por incalculables eones de evolución que tantas aflicciones y sufrimientos entrañan, con el sencillo fin de volver a Dios y en Él sumirse como en un principio lo estaba. Quienes presentan esta objeción no han comprendido aún del todo el plan evolutivo. Lo que en un principio emanó de la Divinidad no era todavía un hombre ni en rigor era tampoco una chispa, pues carecía de individualidad en la emanación. Era sencillamente como una gran nube de esencia divina, aunque capaz de condensarse finalmente en infinidad de chispas.

La diferencia entre la condición de esta esencia divina cuando fue emanada y cuando vuelve es exactamente la misma que se echa de ver entre la materia nebulosa de tenue resplandor y el sistema solar dimanante de esta nebulosa. Si es en verdad bella, es indefinida y de ninguna utilidad inmediata; pero los soles que encienda su pausada evolución difundirán vida, calor y luz sobre gran número de mundos y sus moradores.

Estableceremos otra comparación. El cuerpo humano no se compone de millones de pequeñísimas partículas de las cuales un gran número son expelidas del organismo a cada instante. Supongamos que por cualquier proceso evolutivo cada una de dichas partículas pudiera con el tiempo convertirse a su vez en un ser humano. ¿Diríamos, acaso, que las partículas no han allegado provecho alguno de esta evolución, aunque en cierto modo fueran humanas desde un principio? Pues bien: la esencia divina emana pristinamente en estado de pura fuerza aunque divina, y se restituye a su origen en forma de miles de millones de poderosos Adeptos, capaces cada uno de desenvolverse ulteriormente en un Logos.

Así tenemos derecho a proclamar la ilimitada gloria y esplendor del porvenir del hombre, recordando como punto importantísimo que a todos sin excepción nos aguarda tan brillante porvenir. El hombre a quien llamamos bueno, el que se conforma con la voluntad Divina y cuyas acciones cooperan a la marcha de la evolución, progresará rápidamente en el sendero que al dichoso término conduce. El hombre que, al contrario, retarda obcecadamente el majestuoso curso de la evolución, obstinándose en la querencia y búsqueda de satisfacciones egoísticas en vez de cooperar al bien general, progresará lenta e irregularmente. Pero la Divina Voluntad es infinitamente más poderosa que los humanos quereres, y, por lo tanto, realiza perfectamente su vasto plan. Quien no aprenda la lección el primer día, habrá de volver y volver uno tras otro a la escuela,

¹⁵ Consultense las obras:

La Sabiduría Antigua, de Annie Besant.
El Desarrollo del Alma, de A.P. Sinnett.
La Doctrina Secreta, de H.P. Blavatsky.

hasta que por fin la aprenda y sepa. Para quienes conocen la Ley y la Voluntad, no hay incertidumbre ni temor. La paz absoluta es su peculio.

CAPITULO IX

CAUSA Y EFECTO

En los precedentes capítulos hemos mencionado a menudo la poderosa ley de Causa y Efecto, por la que el hombre recibe rigurosamente lo que ha merecido. Sin esta ley no podríamos comprender lo restante del Plan Divino. Necesario es, pues, que procuremos comprenderla exactamente, y para ello conviene ante todo desarraigar el supersticioso prejuicio de la *recompensa* y del *castigo* consiguientes a toda acción humana. Esta idea de premio y de castigo es inherente a la de un juez distribuidor de ambos, y sugiere la de que este juez fuese más benévolos en un caso que en otro, que las circunstancias influyeran en su ánimo o que recibiera solicitudes de gracia, quedando de este modo a ley alterada o completamente escarneada. Así pues, todas estas suposiciones son a cual más errónea, y, por lo tanto, quienquiera que anhele conocer la verdad de los hechos, debe repudiar en absoluto semejante linaje de razonamientos. Tomad una barra de hierro al rojo, salvo en ciertas condiciones especiales, os quemaréis gravemente, y, sin embargo, no diréis que os ha castigado Dios por haber tocado la barra, aunque comprenderéis perfectamente que os ha sucedido lo que con arreglo alas leyes de la naturaleza debía sucederos; y cuantos saben lo que es el calor y cómo actúa, podrán explicaros cumplidamente el por qué os habéis quemado. Observad, además, que el intento no influye en el resultado físico de la acción, pues ya cojáis la barra con siniestros propósitos, y a para evitar el mal ajeno, os quemaréis del mismo modo.

Desde más elevado punto de vista los resultados serán muy diferentes. En el último caso habréis realizado una noble acción que aprobará lustra conciencia, mientras que os remorderá en el primer caso. Pero tanto en uno como en otro, la quemadura física se ha producido.

Pues bien: para tener verdadera idea del modo operante de la ley de causa y efecto, es preciso considerar que actúa con el mismo automatismo. Supongamos un peso pendiente del techo por medio de una cuerda, y ejerzamos cierta presión sobre él para desviarlo de la vertical. La mecánica nos enseña que la reacción del peso sobre nuestra mano será exactamente igual a la fuerza que hayamos desplegado, y esta reacción se producirá independientemente de los motivos que nos hayan inducido a alterar el equilibrio del sistema. Así también el hombre que comete una mala acción perturba el equilibrio de la gran corriente evolutiva, y ésta invariablemente restablece el equilibrio a sus expensas.

Mas ni por un momento hemos de suponer que sea indiferente la intención que determina nuestras acciones; pues, al contrario, es el factor más importante y característico, aunque en nada altere sus resultados en el plano físico.

No olvidemos, por lo tanto, que la intención en sí misma es una fuerza que actúa en el plano mental, es decir, en materia tan sutil y de tan rápidas vibraciones, que la misma cantidad de energía produce en este plano un efecto infinitamente mayor que en los planos inferiores. El acto físico producirá, pues, su resultado en el plano físico; pero al mismo tiempo, la energía mental de la intención producirá el suyo en el plano mental, siendo este último resultado completamente independiente del primero y de muchísima mayor importancia.

De esta manera vemos que se logra siempre un ajuste perfecto. Por complejos que sean los motivos determinantes de nuestras acciones y por variada que sea la proporción de bien y mal que alleguen sus efectos físicos, se re establecerá espontáneamente con absoluta exactitud el equilibrio y prevalecerá la perfecta justicia en todos los órdenes.

No olvidemos que el hombre mismo, y sólo él, es quien edifica su futuro carácter y engendra su futuro ambiente. En general, puede afirmarse que los actos de su vida determinan las condiciones y circunstancias de su próxima encarnación, mientras que sus pensamientos durante una vida, son los principales caracteres del desarrollo de su carácter en el transcurso de la vida siguiente. Interesantísimo es el estudio del procedimiento, según el cual, actúan todas estas diversas fuerzas; pero no podemos entrar aquí en tales pormenores que hallará el lector en obras fundamentales¹⁶.

Evidente es que estos hechos corroboran admirablemente gran número de nuestros principios morales. Puesto que tan grande es el poder del pensamiento, y en su plano peculiar produce efectos mucho más importantes que cuantos se engendran en el plano físico, se infiere con toda evidencia que el hombre debe dominar semejante fuerza, pues no sólo construye con ella su carácter futuro, sino que constante e inevitablemente influye en todos los seres que le rodean.

Sus pensamientos, pues, según el uso que de ellos haga, le acarrearán muy grave responsabilidad. Cuando un hombre vulgar se ve acometido de sentimientos de odio o del deseo de perjudicar a sus semejantes, propende naturalmente a concretar este sentimiento y este deseo en acto, o por lo menos en palabra. Sin embargo, las leyes comunes a las sociedades civilizadas, le prohíben tal desahogo y le ordenan que reprenda en lo posible toda externa manifestación de lo que siente, y si logra acomodarse de esta suerte a las conveniencias sociales, queda satisfecho y aun se cree en el caso de felicitarse por haber cumplido con su deber. Pero el estudiante de ocultismo sabe que en cuanto a él le toca, ha de llevar mucho más allá el dominio de sí mismo, y que debe reprimir el menor pensamiento de odio, tanto como su manifestación externa. Porque sabe que sus sentimientos desencadenan en el plano astral fuerzas terribles que actuarán contra el objeto de su odio con tanta seguridad como si físicamente le vulneraran, y que muy a menudo los efectos de las fuerzas astrales son incalculablemente más desastrosos y duraderos.

Es positivamente cierto que los pensamientos son cosas reales. Aparecen a la vista clarividente con forma definida y color determinado que depende de la modalidad vibratoria del pensamiento. El estudio de estas formas y colores tiene suma importancia, pudiendo el lector hallar sobre el caso una descripción ilustrada con dibujos en color en el libro *Formas del Pensamiento*¹⁷.

Estas consideraciones nos abren nuevos horizontes por doquiera. Puesto que nuestros pensamientos pueden muy fácilmente dañar, también pueden favorecer. Por su medio podemos engendrar corrientes mentales que lleven a algún amigo en pena el auxilio de nuestra simpatía, y de este modo se brinda un nuevo mundo a nuestro deseo de ser útiles. Muchos corazones rebosantes de gratitud deploraron no poseer bienes materiales con qué pagar los favores recibidos. Pues bien, he aquí el modo de solventar la deuda en una ordenación de pago en que nada importa poseer o no bienes materiales.

¹⁶ Consultese:

Fundamentos de Teosofía – C. Jinarajadasa

Quien siembra recoge – Mabel Collins.

La Vida Interna – C.W. Leadbeater.

¹⁷ Véase *El Hombre Visible e Invisible* – C.W. Leadbeater, y

Formas del Pensamiento – Annie Besant / C.W. Leadbeater.

Quienquiera que piense, puede ayudar a sus hermanos, y quienquiera que pueda, debe ayudarlos. En este caso, como en todos, saber es poder, y quien conoce la ley puede utilizarla. Sabemos qué efectos producen algunos de nuestros pensamientos en nosotros mismos y en nuestros semejantes. Debemos, por lo tanto, esforzarnos en obtener del deseo formado los apetecidos efectos. Cada cual podrá de este modo, no sólo moderar su carácter en la vida presente, sino determinar, además, lo que ha de ser este carácter en el transcurso de la próxima encarnación. Porque todo pensamiento vibra en la materia del cuerpo mental, y un mismo pensamiento perseverantemente repetido despierta vibraciones correspondientes (una octava más alta por decirlo así) en la materia del cuerpo causal. Así se fomentan y fortalecen progresivamente en el mismo Ego ciertas cualidades que reaparecerán seguramente y serán congénitas en el próximo renacimiento. Así también se desenvuelven poco a poco, pero en continuo creciente, las potencias y virtudes del alma. Igualmente poco a poco emprende el hombre la tarea de su progreso y empieza a colaborar inteligentemente en el vasto plan de la Divinidad¹⁸.

¹⁸ Consultese la obra *El Poder del Pensamiento*, de Annie Besant.

CAPITULO X

BENEFICIOS DE LA TEOSOFIA

Ya habrá echado de ver el lector atento, cuán profundamente cambian estos conceptos teosóficos el aspecto de la vida en quien se convence de su verdad, y habrá notado igualmente el sentido en que se efectúan estos cambios de aspectos y los motivos que los determinan. La Teosofía explica lógicamente la razón de esta existencia, que para muchísimos de nosotros era antes problema sin solución e indescifrable enigma. La Teosofía enseña por qué estamos en este mundo terreno, lo que debemos hacer y por qué procedimiento hemos de hacerlo. Por deleznable que la vida nos parezca cuando experimentamos la pesadumbre de las penas y la liviandad de los placeres que nos proporciona en el plano físico, la Teosofía demuestra el inmenso beneficio que la vida nos allega si la consideramos como escuela preparatoria y disponente a las indescriptibles glorias e infinitas potencialidades de los planos superiores.

A la luz de las enseñanzas teosóficas, no sólo descubrimos el modo de desenvolvernos por nosotros mismo, sino también la manera de auxiliar el desenvolvimiento del prójimo y de hacernos útiles en pensamiento y obra, primeramente al pequeño círculo de aquellos hermanos nuestros a quienes más amamos o que más estrechamente unidos están a nuestra vida, y después, gradualmente, según crezca nuestro poder, a la raza humana en su totalidad.

Estos generosos y habituales pensamientos y deseos, nos colocan en nivel muy superior, desde donde claramente vemos cuán estrechas y despreciables eran las personales preocupaciones que recargaban nuestra vida pasada. Inevitablemente empezamos a mirar las cosas desde el más amplio punto de vista de su acción en el conjunto de la raza humana, en vez de mirarlas bajo el aspecto de su influencia en nuestra ínfima personalidad.

Las penas y tribulaciones que hemos de sufrir, nos parecen exorbitantes tan sólo porque están cerca y oscurecen los horizontes, como un plato puesto delante de los ojos eclipsa la luz del sol. Esto nos hace olvidar a menudo que “el objetivo de la existencia es un reposo celeste”.

Las enseñanzas teosóficas restituyen cada concepto a su verdad, y elevándonos por encima de estas nubes, nos permiten contemplar desde lo alto el verdadero aspecto de lo que tan mal veíamos admirarlo desde abajo y de muy cerca. Nos determinan a desechar nuestra personalidad inferior, junto con el enjambre de ilusiones y prejuicios que la acompañan y el falaz prisma a cuyo través mirábamos la vida. Nos eleva a un nivel en donde no hay ambiente para el egoísmo: en donde sólo admitimos por regla de conducta la realización del bien por amor al bien; en donde nuestro mayor gozo consiste en auxiliar a nuestros hermanos.

Una vida de alegría se abre ahora ante nosotros. A medida que el hombre evoluciona, aumenta su poder de compasión y simpatía, se hace más y más sensible a la tristeza, a los sufrimientos y culpas que entenebrecen el mundo. Y, sin embargo, ve al mismo tiempo cada vez más claras las causas de estos sufrimientos y comprende mejor que, a pesar de ellos, toda la creación coopera a su óptimo fin. Así se difunde en nosotros el profundo gozo, la seguridad absoluta, hija de la certidumbre en que estamos, de que todo propende al bien, y la radiante alegría que proviene de la contemplación del magnífico salón del Logos

y del progresivo e inevitable éxito con que este magno plan marcha hacia el fin que tiene señalado. El hombre aprende que Dios anhela nuestra dicha, y que nuestro más estricto deber es el de ser felices, de difundir en nuestro derredor sobre nuestros hermanos oleadas de dicha, pues tal es uno de los medios que se nos han concedido para aliviar las penas del mundo. En la vida ordinaria se agravan los males cuando el hombre cree que los padece injustamente. A veces oímos exclamar: “¿Por qué me han de suceder tantas desgracias? El vecino no es mejor que yo, y, sin embargo, no está enfermo ni ha perdido amigos ni riquezas. ¿Por qué he de ser, pues, tan desgraciado?”

La Teosofía libra de semejante error a quienes la estudian, pues desde un principio les enseña que nunca padece el hombre lo que no merece. Cualesquiera que sean nuestros dolores, hemos de considerarlos como pago de deudas anteriormente contraídas, que tarde o temprano se han de saldar y que vale más saldarlas cuanto antes. Esto no es todo. Cada dolor nos ofrece una ocasión de progreso. Si sobrellevamos la pena con paciencia y valor, sin consentir que nos venza y procurando, por el contrario, sacar de ella todo el beneficio posible, fomentaremos en nosotros las preciosas cualidades del valor, la perseverancia y la resolución. De este modo cosechamos el bien en el mismo campo en que sembraron el mal nuestras pasadas culpas.

Ya hemos dicho que las enseñanzas teosóficas desvanecen todo temor a la muerte, puesto que explican lo que ésta es. El teósofo no se lamenta ya por la suerte de los que parten antes que él; pues, ¿acaso ignora que están a su lado y que el dar suelta al dolor egoísta fuera para ellos causa de malestar y tristeza? ¿Cómo no así? ¿Cómo no habría de reaccionar dolorosamente una aflicción desordenada sobre aquellos seres que están más cerca de él que antes, a él unidos por simpatía más ardiente que nunca?

Más, ¿qué significa esto que la Teosofía pregoné el olvido de los muertos? De ningún modo. Lejos de eso, nos aconseja, por el contrario, que pensemos frecuentemente en ellos, pero jamás con tristeza egoísta ni con el deseo de restituirlos a la vida terrestre ni con el sentimiento de su aparente pérdida, sino siempre con la idea del gran beneficio que les ha correspondido. Afirma la Teosofía que los vivos pueden favorecer poderosamente la evolución de los muertos por medio de vigorosos pensamientos de amor, y que si en ellos pensamos cual conviene, los ayudaremos muy eficazmente en su póstumo desenvolvimiento.

El detenido estudio de la existencia humana entre dos encarnaciones, demuestra cuán breve es la vida física en comparación del ciclo entero. Pongamos, por ejemplo, el caso de un hombre de mediana cultura en cualquiera de las razas superiores. La duración de una sola vida (es decir, de un día de su verdadera vida) sería de unos mil quinientos años por término medio. De este número, corresponderían 70 u 80 a la vida física, 15 ó 20 a la astral, y los restantes a la vida celeste, que es, en consecuencia, con mucho, el período más importante de la existencia del hombre. Conviene advertir que estas proporciones varían considerablemente según los diferentes tipos humanos, y cambian por completo en el caso de las almas jóvenes, encarnadas en las razas inferiores o en las clases bajas de la nuestra, pues entonces la vida astral se prolonga mucho, y la vida celeste se hace mucho más breve. En el caso de un salvaje apenas existe para él, vida celeste, porque un hombre tal no ha desarrollado aun ninguna de las cualidades que permiten llegar a esta vida.

El conocimiento de todos estos hechos nos da del porvenir una idea clara y segura, que deleitosamente nos alivia de la vaguedad e indecisión en que de ordinario flota el pensamiento humano acerca de estos puntos. Un teósofo no tendrá jamás la menor duda ni recelo sobre su “salvación”, porque sabe muy bien que el hombre no ha de *salvarse* de nada, a no ser de su propia ignorancia; y, por lo tanto, consideraría horrible blasfemia dudar que la voluntad del Logos se cumpla seguramente en todos sus hijos.

No alimenta el teósofo vaga esperanza, sino certeza absoluta en lo eterno, porque conoce la eterna ley y no puede temer el porvenir por la misma razón de que lo conoce. Su único cuidado es, pues, hacerse digno de colaborar en la grandiosa obra de la evolución. Puede suceder, sin embargo, que de momento sea muy poco lo que pueda hacer; pero nadie hay que no pueda hacer algo mínimo muy cerca y en derredor de él en su campo de acción, por bajo que esté y pequeño que sea.

Todos tenemos ocasiones de trabajar, pues todo contacto y toda relación es una de dichas ocasiones. Si entramos en relación con alguien, sea un niño que nace en nuestra familia, un amigo de nuestra intimidad o un criado que entra a nuestro servicio, hemos de ver en ellos otras tantas almas a las que podemos ayudar, otras tantas ocasiones que de diversas maneras se nos deparan. Conviene advertir que no tenemos ninguna necesidad de inculcar nuestras ideas y convicciones a las personas con quienes nos relacionamos, como ignorantemente hacen algunos. Sólo decimos que hemos de estar constantemente dispuestos a ayudar a cuantos requieran nuestro auxilio. Celaremos no perder ocasión alguna de servir al prójimo, sea materialmente en cuanto alcancen nuestras fuerzas, sea comunicándole nuestros conocimientos y consejos si muestra deseos de aprovecharlos. En muchos casos nos es imposible ayudar al prójimo con obras ni con palabras; pero en toda ocasión podemos emitir algún pensamiento amistoso y simpático, de cuyo resultado no dudará nadie que conozca el poder del pensamiento, aunque no aparezca inmediatamente en el plano físico.

El teósofo ha de distinguirse del común de los hombres por su inalterable alegría, su invencible valor en medio de las más aceras dificultades y por su simpatía, siempre despierta, y pronta a prestar servicios. Seguramente no le impedirá su alegría tomar la vida en serio y comprender que en Edmundo todos tenemos mucho que trabajar y que nadie ha de perder el tiempo. Se convencerá de que es preciso lograr completo dominio sobre sí mismo y sobre sus diferentes vehículos, pues sólo por este medio podrá disponerse a ayudar a sus hermanos cuando se le ofrezca ocasión. Siempre preferirá el pensamiento elevado al bajo, y el noble al rastro; y al ver el bien en todas las cosas, será abiertamente tolerante. Preferirá sin vacilar explicaciones optimistas a las pesimistas, y mirará las cosas bajo el aspecto consolador, no bajo el afflictivo, pues no ha de olvidar que el bien es germe, materia y fin de la verdad, mientras que el mal es tan sólo transitoria sombra que forzosamente ha de desvanecerse, ya que al final únicamente puede subsistir el bien.

El teósofo ha de buscar, pues, el bien por doquiera, a fin de prestarle su débil ayuda. Procurará desentrañar en todas las cosas el sentido en que actúa la gran ley evolutiva, con objeto de obrar también en el mismo sentido, contribuyendo con toda su energía, por mínima que sea, a favorecer la poderosa corriente de las fuerzas cósmicas.

Así, procurando siempre ayudarlas y no oponiéndose nunca a ellas, llegará a ser en su humilde esfera de acción uno de los benéficos poderes de la Naturaleza. Por leve que sea su cooperación, por sumamente lejano que esté el débil concurso que allegue, no por ello deja de ser un colaborador de Dios, como el más sublime privilegio que pueda otorgarse a un hombre.

Digitalizado por Biblioteca Upasika
www.upasika.com

